

Reapertura del Teatro del Pueblo: “Unir la belleza con la resistencia”

María Castillo

El viernes 23 de agosto de 1996 se reabrió oficialmente el legendario Teatro del Pueblo en la Ciudad de Buenos Aires. El acto de apertura comenzó con un fuerte y sostenido aplauso que pronto se convirtió en ovación. Lejos de señalar el final de una representación, este gesto espontáneo del público fue inaugural: se trataba de rendir homenaje a todos aquéllos que allá por 1930 habían hecho posible la realidad del Teatro del Pueblo y, a su vez, expresar el reconocimiento a los que, en 1996, retoman aquella tarea prometeica para que la representación continúe.

Este acto de inauguración se llevó a cabo en el espacio ubicado en Diagonal Norte 943, último refugio que albergó la actividad del Teatro del Pueblo. Como sucede con los mitos fundacionales, el lugar elegido para recuperar el espacio cultural es emblemático: en 1943, luego de ser desalojada del ámbito de Corrientes 1530 (actual Teatro San Martín), la compañía se instaló en este nuevo predio y retomó la actividad construyendo un teatro con capacidad para 200 espectadores. Esta etapa no tuvo el esplendor de las anteriores pero es precisamente en este último lugar donde las energías y esperanzas del nuevo emprendimiento se suman a la fuerza simbólica que guarda su antigua historia. “Llegamos a la reapertura del Teatro del Pueblo por el camino de una larga cadena de solidaridades: hubieron seres, hechos, circunstancias y gentes que tuvieron que existir para que otros vivieran y crearan. Nuestra memoria rescata a aquellos protagonistas numerosos y nos revela de qué manera se amasó la historia que nos trajo hasta aquí, en esta noche,” manifestó el dramaturgo Roberto Cossa, presidente de la Fundación Somigliana que se hará cargo del teatro por un lapso de cinco años.

El protagonista insoslayable, que inició esta historia hace más de medio siglo, fue el escritor, periodista y director teatral Leónidas Barletta, fundador del Teatro del Pueblo, pionero de uno de los fenómenos culturales más importantes en nuestro medio: el movimiento de los teatros

independientes. El acta de nacimiento de la agrupación tiene fecha el 30 de noviembre de 1930 y, si bien a partir de 1943 comienza un período de inexorable declinación, su modelo de producción artística se ha convertido en paradigma y referente indiscutido de una concepción moderna del hecho teatral que sigue vigente en el ámbito de la actividad cultural contemporánea.

La clave de la propuesta de Barletta era crear un teatro de arte culto que pudiera estar al alcance de un público nuevo. Sus actividades aspiraban a “realizar experiencias de teatro moderno para salvar al envilecido arte teatral y llevar a las masas al arte en general, con el objeto de propender a la elevación espiritual del pueblo,” tal como se expresa en el Acta Fundacional del Teatro del Pueblo firmada el 20 de marzo de 1931. En la revista *Conducta*, segunda publicación de la entidad, el mismo Barletta había escrito: “de todos los géneros el más directo, el más eficaz, era el teatro. Después de los dos o tres grados primarios la única posibilidad de instrucción y educación de la casi totalidad de la población que trabaja, no podía venir más que del teatro.” Uno de los medios que se implementó entonces para facilitar a los trabajadores el acceso a la cultura fue el precio sumamente económico de las entradas e inclusive la implementación de funciones teatrales gratuitas.

Inspirados en esta concepción didáctica de la función social del teatro, los integrantes de la compañía se constituían ellos mismos en modelos de conducta, no sólo en el marco de la práctica escénica sino también en la vida cotidiana. La formación de estos nuevos hacedores de teatro aspiraba a unir la excelencia estética con una ética insobornable. Trabajaban sin remuneración en el marco de un sistema cooperativo que repartía democráticamente las tareas eliminando distinciones jerárquicas. Ello era posible porque el Teatro del Pueblo consideraba su misión de desarrollo de la cultura como una suerte de apostolado. Esta concepción se reafirmaba con principios ideológicos de militancia por el arte, de los que quedaba absolutamente excluido el fin de lucro.

Por otra parte, la formación y el entrenamiento también alcanzaban a los espectadores que “aprendían” a desarrollar una mirada crítica sobre la puesta en escena en los ciclos de Teatro Polémico. En estas sesiones, luego de una representación breve, Barletta abría el debate para que el público participara brindando sus opiniones acerca del espectáculo.

A su vez, la actividad de difusión cultural rebasaba el ámbito puramente teatral. Se llevaron a cabo conciertos, exposiciones de pinturas, representaciones al aire libre, muestras de la labor de otros teatros independientes, ciclos de danza, cursos y conferencias. También se publicaron sucesivamente dos revistas, *Metrópolis (de los que escriben para decir algo)*

y *Conducta (al servicio del pueblo)*, que fueron los órganos representativos del quehacer de la institución.

La nueva modalidad de producción teatral planteada por el Teatro del Pueblo se erguía en abierta oposición al teatro comercial de la época, en el cual se centraban todas las críticas ya que representaba la antítesis de los valores del Teatro Independiente. Consideraban a este “teatro de taquilla” como una degradación artística que sólo fomentaba el divismo egocéntrico de los capocómicos o las primeras figuras, convirtiendo a los escritores dramáticos en meros libretistas sometidos a la ambición publicitaria de los empresarios. Es por ello que la intención renovadora de Barletta apuntaba, por una parte, a rescatar la producción de autores dramáticos nacionales y extranjeros que estuvieran excluidos del teatro comercial y, por otra, a desarrollar la tarea de dirección escénica con vistas a “hacer llegar la obra al público y no la habilidad de una interpretación.”

Los que hoy, en 1996, deciden retomar la tarea del Teatro del Pueblo tienen la ventaja del amplio camino ya abierto por esta institución que supo forjarse un lugar central en el campo artístico nacional. No se trata, entonces, como en los tiempos de Barletta, de generar una modalidad de trabajo absolutamente nueva y modernizadora, ya que, hoy por hoy, el canon estético e ideológico del Teatro Independiente rige buena parte de los gustos del público porteño y de los hacedores de teatro. El desafío es más bien generar una estrategia de resistencia que preserve un espacio de difusión cultural en el marco de la actual crisis que enfrenta la cultura en Argentina. Así lo expresa el discurso inaugural de Floreal Gorini, secretario del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos, entidad que comparte la financiación de este proyecto: “Era un imperativo reabrir el Teatro del Pueblo porque la batalla que perdimos es la batalla cultural y si no recuperamos nuestra posición, avanzarán los que intentan poner un impuesto a la cultura. Venimos a concretar un proyecto con el que soñamos: un centro de cultura al servicio de la sociedad.”

Más representativas aún son las palabras de Roberto Cossa quien se hace portavoz de los emprendedores de esta nueva empresa: “Los protagonistas del movimiento del Teatro Independiente, unos a otros se fueron transmitiendo el mismo legado: resistir. Resistir a los autoritarismos de todos los pelajes, al comercialismo, al mal gusto. Vivimos épocas diferentes a las de Barletta pero estos tiempos siguen siendo difíciles para el Teatro de Arte: se cerraron más de treinta salas, entre ellas las del Teatro Odeón. Por eso abrir una sala hoy es una forma de resistencia, mantenerla abierta es el gran desafío. Tenemos la certeza de que el Teatro del Pueblo vivirá por muchos

años. Es por eso que se reabre aquí retomando la misma consigna: unir la belleza con la resistencia.”

En esta nueva etapa, siguiendo los lineamientos de la tradición independiente, la entidad se propone dar prioridad al desarrollo de la dramaturgia argentina, recuperar el vínculo entre autores y actores, y organizar puestas en escena, charlas, debates y seminarios. Para ello se abrieron dos salas: una con capacidad para 180 espectadores (Sala Carlos Somigliana) y otra, de arquitectura menos convencional, para albergar a 80 personas (Sala Teatro Abierto). La institución se dedicará principalmente al estreno de obras de autores contemporáneos entre los que también se darán a conocer nuevos exponentes de la dramaturgia nacional. A su vez se revisarán los clásicos argentinos y rioplatenses en el marco del ciclo Los Clásicos. Asimismo habrá un ciclo de Teatro Semimontado y un espacio con el nombre de Viejos Cómicos en el que desfilarán figuras entrañables del teatro porteño en diálogo con el reconocido actor Luis Brandoni. Los Visitantes será el ciclo dedicado a recibir elencos extranjeros, especialmente de América Latina y, por último, habrá un espacio de Actividades Teóricas que realizarán seminarios intensivos sobre aspectos del quehacer teatral con figuras representativas de cada especialidad.

La parábola retoma aquí su ciclo, y nada mejor para finalizar esta reseña que una anécdota del escritor Roberto Arlt quien acompañó con paso firme el desarrollo del Teatro del Pueblo. En 1931, luego de visitar la antigua lechería donde recién había comenzado a funcionar la agrupación de Barletta, Arlt escribió en un aguafuerte el siguiente presagio “en invierno, el salón destartalado, con montones de reboques caídos por los rincones, el escenario desmantelado, la compañía tiritando sobre el piso de madera, todo hacía creer en la proximidad del fracaso.” Sólo tardó unos meses en ver cómo se desarticulaban aquellos anuncios poco auguriosos: el movimiento del Teatro Independiente había echado a andar su rueda con el Teatro del Pueblo a la cabeza. Es por eso que en marzo de 1932 Arlt se rectificó y, haciendo gala de sus dotes de visionario, sentenció nuevamente: “Dentro de algunos años, el Teatro del Pueblo será una empresa montada con todas las exigencias de un arte moderno y muchos dirán: ‘¡ En qué se ha convertido el Teatro del Pueblo!’.” La reapertura de este espacio emblemático a 66 años de su fundación originaria celebra, felizmente, la última de estas profecías.

Buenos Aires